

¿Quién mí espíritu ensancha y lo dilata?
Quién me oferta la lira del querube?
Soberbia presuncion, no tu veneno
Derrames en mi seno.
Mintiendo inspiracion fuerte y sagrada.
No quede mi alma ardiente emponzoñada
A tu contacto impuro;
Y con vuelo inseguro
Se remonte hasta el cielo
Para caer en el fangoso suelo.
No me alucines débil poesía,
Que el metro me huye, y lánguidos sonidos,
En vez de los torrentes de armonía
Que encantasen del hombre los sentidos,
El arpa herida trémula despide
Y en mi concepto, ni los tiempos mide.
¿Mas no podrá el amor versos dictarme?
¿La admiracion y el entusiasmo ardiente,
En que siento abrasarme,
No podrán encender mi débil mente?
¿Desistiré cansado y sin aliento
De continuar el comenzado intento?
No, cobarde no soy; y alzando el vuelo,
Cual águila que al sol contempla osada,
Me lanzo al alto cielo:
Y de hito en hito fijo la mirada
En el grande Margil. el sin segundo,

Terror del Orco, admiracion del mundo.
Serafin mexicano,
Clávame una mirada, y en tus ojos
Beberé inspiración, beberé amores:
Toque mi corazon tu sacra mano
Y arder lo harás; y entonces con arrojós
Santos, y de tí dignos, tus loores
Cantaré en himno dulce melodioso
Y en verso grave, rico y armonioso.
Gigante del Aztlan, ¿qué es lo que quieres?
¿De dónde vienes? ¿Dónde vas? ¿Los mares
Y sus borrascas y furor prefieres
A tus quietos hogares?
Asombroso campeon, apóstol santo,
¿Quién ha llagado tu alma en amor tanto?
¿Quién fuego tan voraz en tu alma enciende?
¿Quién de tu patria España te desprende?
«El amor. Almas busco: y ni torrentes
Espumosos, ni montes encumbrados,
Ni yermos dilatados,
Ni arenales hirvientes
Me podrán detener. Ardo en amores
De mi Dios y mi prójimo; y ante ellos
¿Qué son del hombre inícuo los furoros,
Y qué de Satanás los siete cuellos?
La calcinada roca
Yo pisaré con la desnuda planta
Y venceré del monte la agria cumbre.
Del turbulento rio la furia loca

Mi corazón intrépido no espanta:
Ni del sol tropical la viva lumbre,
Ni el indio flechador, ni su fiereza
Ni toda entera la naturaleza."

Pues bien: si buscas almas y tu celo
Te abrasa el corazón, ahí tienes almas;
Ahí está Yucatan: pisa su suelo
Donte te esperan victoriosas palmas
Y arduos trabajos. Ahí están en seguida
Guatemala florida;

Ya te guardan los Choles, los Terrabas,
Talamancas, Mancheles, Lacandones
Y otras innumerables tribus bravas
De feroces sangrientos corazones.

El hambre, la miseria, la fatiga,
La emponzoñada flecha que da muerte
Todo te amaga: tierra es enemiga
La que vas á pisar, aunque por suerte
Te concede por sócio tu destino
A Melchor López, el varon sublime,
Su grata compañía
No evitará tus dolorosas penas:
Ni las duras cadenas
Que ya os prepara la barbarie impía,
Ni de la muerte el áspero semblante
Que os ofrece á la vista á cada instante.

Y los santos campeones
Huellan aquellas bárbaras regiones
En donde Satanás es adorado

En lugar de Jesús crucificado.
Empero ellos sin miedo
Predican, instan, claman,
Al Redentor proclaman
Por el único Dios; y con denuedo
Y con ardiente esfuerzo infatigable
Y brazo poderoso
Derrocan de Luzbel el trono odioso
Estirpando su culto abominable.

Victoria por la Cruz. Ya prosternados
Están ante ella miles de salvajes
Que en respetos convierten los ultrajes
Y en dulce amor los ódios exaltados.
Victoria por la Cruz. Los lobos crueles
En ovejas se miran convertidos,
Y á Jesús sometidos
Cuarenta mil infieles
El corazón le ofrecen respetuosos
Y le cantan cien himnos ardorosos.
Victoria por la Cruz, que ya el demonio
Mira su altar deshecho
Por el fuerte Melchor y el bravo Antonio.
Y viendo á su despecho
Los sacrílegos gritos abolidos,
Lanza en su rabia horrendos alaridos;
Mas tiene que doblar la altiva frente
Ante la Cruz sagrada y refulgente.

Arboles doblegaos. Cortad sus armas,
¡Oh Neófitos dichosos!

Cortad flores, no pálidas retamas,
Y acompañad fervientes y amorosos
A esos santos varones,
Vuestros padres en Cristo y sus campeones.
Y así lo hacen y llenos de alegría
Miles de ramos cortan á porfía;
Y son en tan gran número; son tantos
Los indios que acompañan á los santos
Que al parecer las selvas caminaban,
Los bosques presurosos los seguían,
Los montes á sus plantas se humillaban
Y los llanos bajo ellas florecían.

Y así antes de Tabasco en las praderas
Los suelos alfombrados con esteras,
Y los salían á recibir con flores
Y con perfumadores
Los indios á millares,
Entonando dulcísimos cantares.

Mas ya Dios de tu santo compañero
Te separa, y tú inclinas la cabeza,
Sofocando en el pecho la terneza
Y el amor verdadero
Que te inspiraba sócio tan virtuoso.
Y ya pisas de México espacioso
Los opulentos lares,
Donde, sol nuevo, en vivo reverbero
Alumbrará sus gentes,
Convirtiendo en paraíso sus hogares
Y en santos á los hombres delincuentes.

Mas dónde voy? qué intento?
¿Puede en mi mente osada y altanera
Caber el atrevido pensamiento
De narrar tu apostólica carrera?
No, gran Margil: la musa desfallece
En tan grandiosa empresa, se entorpece
El génio, el ardor poético se apaga;
La sacra inspiracion helada muere;
Y en vano el vate su arpa de oro hiere:
Nada halla que su mente satisfaga,
Cede vencido, de dolor suspira
Y el débil canto en su instrumento espira.

La fama canta en un clarin sonoro
Que ocho mil leguas con los piés desnudos
Anduviste ¡Oh Margil! no en busca de oro
Y sí de pecadores é indios rudos.
Seguidlo si podeis en su carrera,
Los que escuchais mi verso numeroso;
Ved cual cruza como águila ligera
Ancho espacio en su vuelo magestuoso.

Y ni de Yucatan el clima ardiente,
Ni de Tabasco el enfermizo suelo,
Ni las ágrias montañas encumbradas
De Guatemala, ni la arena hirviente
De cien provincias, ni el agudo hielo
Y las sierras nevadas
De Zacatecas, ni el pavor intenso
Que derrama en el alma el yermo inmenso

De Tejas, ni sus fangos, ni sus rios
Pudieron detener los nobles bríos,
Ni por solo un instante,
De este sublime intrépido gigante.

Y ora sea de Querétaro prelado,
O funde de Jesus crucificado
En Guatemala el misional colegio,
O vuele á Zacatecas y edifique
En Guadalupe el claustro venerable,
Siempre ansía mas y mas su ánimo egregio
Nada basta á su espíritu incansable.
Y por mas que el trabajo multiplique
Nada domeña su constancia rara,
Que si dado le fuera
Cien claustros á Jesus edificara,
Y á sus piés todo el mundo le pusiera
Para que convertido le adorara.

O virtud! virtud sacra! fuego intenso
De caridad que inflamas
A los santos varones ¡en tus llamas
Quien se abrasara, y en deleite inmenso
El corazon, del blando amor llagado.
Lo ofreciera á su Dios crucificado!
Tal lo ofrecía Margil, que ora elevara
Orando al Sumo Bien el ruego ardiente,
Ora con voz de trueno predicara
Causando hondo terror al delincuente,

Y ora lo confesase y perdonara
En el nombre del Dios omnipotente,
Siempre, siempre á Jesus él le ofrecía
El corazon que en dulce amor ardía.

Si los idiomas de la tierra entera,
Si sus lenguas una á una
Un hombre hablara, ó sin señal alguna
Exterior sus ideas comunicara
Como el ángel: empero careciera
De caridad, nada era;
Y al metal imitara
Que suena y la campana que retiñe.
Y si fuera profeta, y si supiera
Cuantos misterios en sus hojas ciñe
La sagrada escritura y toda ciencia;
Si fuera de su fé tal la excelencia
Que los montes excelsos trasladase
Y á otro lugar mudara en un momento,
Sin caridad nada era. Y si gastase
Sus bienes todos, para dar sustento
A los pobres y para ser quemada
Entregase su carne con aliento
Al verdugo inclemente,
Sin caridad le aprovechaba nada.

La caridad es paciente,
Benigna es, no envidiosa,
No obra ni cree precipitadamente

Y á ser soberbia ó vana no se atreve.
 Ella no es ambiciosa,
 No busca sus provechos, no se mueve
 A ira, no piensa mal, gozo no lleva
 Al ver la iniquidad;
 Pero se goza siempre en la verdad.
 Todo lo sobrelleva,
 Todo lo cree, todo lo espera y todo
 Lo soporta y jamás ella fenece.
 La profesía perece,
 Y el don de lenguas, y del mismo modo
 La ciencia, y aun la fé con la esperanza;
 Mas no la caridad que es mayor que ellas.
 Pues quien ver y gozar á Dios alcanza,
 Quien pisa del Olimpo las estrellas,
 No cree porque ya ve; y nada espera
 Porque lo posee todo; mas siempre ama:
 Ama á su Dios en perdurable llanto,
 Ama á su Dios en inexhausta hoguera.

Tal lo amaba Margil; y al fuego intenso
 Que su pecho devora
 Extrecho le parece cuanto dora
 El sol con sus fulgores,
 Estrecho el glóbó estenso
 Animado de tantos moradores,
 Y estrecho en fin el mismo cielo inmenso.
 Venid, venid, celícolas cantores,

Y el himno triunfador de polo á polo
 Resuene en vuestras arpas, ya que solo
 A vosotros es dado
 Cantar á un Serafin, de amor llagado.

¿Quién es el hombre que en el santo coro
 De la cruz de Querétaro del sueño
 En giros circulares se alza al cielo
 Cual si moviese blandas alas de oro?
 Es Margil. ¿Quién á tantos penitentes
 De idiomas diferentes
 Confiesa, y lo comprenden y él á ellos?
 Es Margil. ¿Quién terrible alza los seños
 Del libro del futuro y profetiza,
 Y al impío pecador aterroriza
 Y al justo alienta? Es Margil. ¿Quién sana
 A los enfermos, y á la negra muerte
 Su presa arranca? Es Margil. ¿Quién fuerte
 Lucha con Satanás, lo vence y postra?
 Es Margil. ¿Quién arrostra
 Con ánimo sereno
 De la envidia el cruel diente y su veneno?
 Es Margil. ¿Quién sufriendo mil dolores.
 Vestido de silicios punzadores,
 Y en extrema pobreza
 No desmiente su heroica fortaleza
 Y la paz que hay en su alma nunca pierde?
 Es Margil. ¿Quién compone disenciones

De los hombres mas fuertes y potentes,
Y trueca con palabras elocuentes
Sus airados y fieros corazones
En altares de paz y de concordia,
Lanzando al hondo averno la discordia?
Es Margil. ¿Quién en ala presurosa
De la santa obediencia
Abandona la mies rica y copiosa
Que Guatemala ofrece á su gran celo,
Y retrocede en viva diligencia
Sin dar un paso mas en aquel suelo,
Dirigiéndose á México al instante
Que la órden recibió de su prelado?
Es Margil. ¿Quién acude apresurado
A auxiliar á su madre agonizante
De Guatemala á España,
Y cruza en un momento en raudo vuelo
Cuanto espacio hay del uno al otro suelo?
Es Margil. ¿Quién la hazaña
Hace de penetrar en el convento
De San Francisco en Nicaragua hermosa
Con las puertas cerradas, con violento
Asombro del prelado que lo veía?
Es Margil. ¿Quién con faz dulce y radiosa
En ocasiones varias se ofrecía
A los ojos que atónitos lo admiran?
Es Margil. ¿Quién, bien llueva, ó bien cruzando
Anchos rios no se moja así asombrando

A cuantos lo contemplan y lo miran?
Es Margil: es el hombre sin segundo,
Es el apóstol del azteca mundo.
Gloria, gloria á su nombre! y que los vates
En poéticos combates,
Celebren á porfía
Su santidad en célica armonía!
¿Pero por qué mi musa se entristece,
Y por qué su arpa lánguidos sonidos
Arroja, cual los lúgubres tañidos
De campana que suena y estremece
El corazón mas fuerte y denodado?
Ay! que ya veo á Margil flaco, estenuado,
El rostro macilento,
Y de sus muchos años agobiado,
Marchar con paso lento.
De Querétaro á México lo lleva
La obediencia, y de su ánimo esforzado
Da y de su gran valor la última prueba.
La enfermedad lo agobia; y él la vida
Va derramando en el camino largo;
Mas del cáliz amargo
No rehusan sus labios la bebida;
Y espirante el gran héroe y moribundo
Al emporio llegó del nuevo mundo.
Ay de Anáhuac! ay! que ha decretado
El Todopoderoso

Arrebatarle su campeón glorioso.
¿Y no te mueven ¡oh mi Dios! los ríos
De lágrimas que vierten tantas almas,
Que por su vida piden, y las palmas
Que á tí levantan y sus ruegos píos?
¿De tus vírgenes santas enclaustradas
El suspirar desoyes?
¿Sus plegarias no oyes
Y en el suelo las dejas postergadas?
Pues atiende siquiera á la hostia pura
Que á tí levanta el sacerdote santo,
Cual tú, ella vale tanto:
Déjate ya ablandar. Salva á tu hechura,
Salva á Margil. . . . Oh pena! ¿y nada escucha
El Dios inexorable?
¿Su decreto terrible es inmutable,
E inútil es nuestra piadosa lucha?
Inútil es. La muerte su guadaña
Alza; pero al mirar alma tan noble,
Siente piedad, y su piedad extraña.
Duda, vacila, su furor innoble
Del todo ve extinguir, pierde la saña
Y su hacha temblorosa cae al suelo. . . .
Mas pronto se reanima cuando advierte
Con letras de diamante allá en el cielo
Del gran Dios el decreto irrevocable.
Entonces ¡ay! la Muerte

Del moribundo aparta el rostro horrible
Y haciéndose violencia inconcebible
Dirige al héroe el golpe formidable
Y de su misma acción huye espantada.
Muere Margil, dejando consternada
Con su muerte la tierra, que afánoso
Regado había con su sudor copioso.
Muere; y su muerte cruel dolor derrama
En el pueblo que lo ama
Con efusión sincera,
Y que como su apóstol lo venera.
¿Dónde ¡oh padre del pueblo mexicano!
Encontraremos un varón tan fuerte?
Quién te reemplazará? Quién podrá ufano
Decir: yo soy, yo soy el heredero
De su espíritu noble y generoso
Y camino con paso presuroso
Por su seguro y celestial sendero?
Yo su fé tengo, tengo su esperanza,
Tengo su caridad y confianza,
En el Dios del amor: y he conseguido
Su profunda humildad? . . .
—Calla, atrevido,
No oiga yo tu pueril loca jactancia:
Es humo tu arrogancia.
Y tu hablar contradice al buen sentido:
Murió Margil, el santo, el sin segundo
Y á él solo vino estrecho el vasto mundo.

¿Pero que miro! ¿quién así se eleva
Y el raudo vuelo hasta el Olimpo lleva.
Cercado de un cortejo refulgente
De ángeles santos, llenos de alegría?
El hábito es lucido y transparente
Y bordado de ardiente pedrería.
Lleva una joya al pecho, de encendido
Rubi, del cual colgaba
Una cruz, va de piedras esmaltada
Y de valor subido.
Verde, morado y blanco sus colores
Son, que derraman vivos resplandores
Del campeón noble el manto magestuoso
Es también brillador; y flores varias
Y piedras dánle adorno decoroso
Veo de tintas ternarias
Blanca, azul y encarnada
Que otra flor hermosísima le encubre
La capilla, que cubre
Del héroe la cabeza venerada:
El cordón Franciscano de plata era
Y las sandalias de finísimo oro.
¿Pero quién es esa águila ligera
Que así se eleva en sin igual decoro,
Y con tan raudo vuelo
Al estrellado cielo?
Es Margil, es Margil. . . . ¡Júbilo, oh Santos!
¡Júbilo, ángeles bellos é inmortales!

Abríos, abríos ¡ó puertas eternas!
Y que resuenen victoriosos cantos.
Y tú, dulce María,
Encanto de los cielos y alegría,
Honra á tu siervo en su gloriosa entrada
Al Empíreo. Su reina siempre amada,
Eres tú, y también su dulce Madre.
Llévalo al trono del Eterno Padre
Para que allí le dé el abrazo estrecho
Y en delicias le inunde el casto pecho.
Al jardín admirable,
Que á sus méritos tiene preparado
El Jehová adorable
Llevadlo ángeles santos, con presura:
Llevadlo porque goce su ventura
El varón animoso y esforzado.
De ardiente pedrería, de oro y plata
Sus puertas son, sus muros y su suelo;
Y su espléndido cielo
Que el corazón ensancha y lo dilata.
En medio de él una paloma estaba
Muy mas que el jóven sol resplandeciente,
Y de oro con tres perlas un pendiente
Del pico le colgaba,
Y una silla riquísima y radiosa
Del jardín en el centro brilla hermosa. . . .
Mas ¡ay! que la visión ya desaparece,
Ya vuelvo á tierra el rostro congojoso

Que solo existe en la celeste altura.
Apenada y llorosa,
Y el corazón del duelo se extremece:
¿Porque quién al bajar del alto cielo
Puede hallar en la tierra algún consuelo?
La pompa régia de tu cuerpo santo
¡Oh Margil! y el cordial y eterno llanto
Con que honran tu virtud y tus despojos
De la tierra las altas potestades
Trasmitirán tu nombre á las edades,
Enjugarán el llanto de los ojos;
Mas no derramarán la alegría pura,
Que solo existe en la celeste altura.

CAPITULO V.

PROGRESOS DEL COLEGIO EN SUS PRIMEROS AÑOS.
PRIMEROS ESFUERZOS PARA CATEQUIZAR
A LOS NAYARITAS.

EL R. P. Alcocer en sus preciosos apuntes históricos del Colegio, trae una muy juiciosa y erudita disertación sobre patronato del mismo Colegio, probando hasta la evidencia que no existió dicho patronato, como se creyó por algún tiempo, teniendo por patrono al conde de la Laguna, como descendiente de los Sres. D. Ignacio y D. Pedro de Bernardes, de quienes se decía habían edificado el Santuario de Guadalupe y la mayor parte del Colegio.

Existía una patente del Reverendísimo P. Fr. Pedro Navarrete, Comisario general, fechada en México á 19 de Mayo de 1744 y dirigida al Conde